

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, SETIEMBRE 25 DE 1873

QUERELLAS I CAPITULOS

EN LA

REAL UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE

II

PRIMERAS CÁTEDRAS VACANTES

Veinte i nueve años iban a cumplirse en julio de 1767 desde que Felipe V firmara en su palacio de San Ildefonso la cédula de ereccion de la Real Universidad de San Felipe, i todavía ni establecidos estaban con formal regularidad sus cursos i estudios, ni concluida siquiera la fábrica material de su edificio: que así andaban las cosas por entonces, con su paso de tortuga, cuando no de cangrejo.

Aunque nombrados estaban de tiempo atrás los primeros catedráticos i declarados abiertos los cursos desde 1758, no funcionaban éstos ni concurrían aquéllos al ejercicio de sus cargos, pues sobre haber renunciado jenerosamente en beneficio de la fábrica sus propinas en la colacion de grados mayores, no percibían por sueldo un solo real: los 5,000 pesos asignados para ello en reales cajas, i de los cuales la Universidad no habia logrado conseguir sino una que otra pequeña parte, estaban primariamente destinados al mismo objeto de la fábrica.

Habíase ésta comenzado largo tiempo habia, en el espacioso sitio de una cuadra de largo i media de ancho comprado en 1,743 en cantidad de 13,514 pesos 4 reales, que la ciudad tomó a interés o reconoció a censo. Estaba aquél situado en el

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER

SEÑOR DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Señor:

Desde que leí sus "Lijeras Observaciones" sobre la educación de la mujer, nació en mí la idea de hacer a mi vez algunas observaciones a las suyas.

Hace tiempo que habria llevado a cabo este deseo si motivos puramente personales no me lo hubieran impedido.

Aunque no tengo el honor de conocer a Ud. personalmente, me ha parecido que podia dirigirle la presente carta, pues no habiendo arribado Ud. en sus observaciones a ninguna conclusion absoluta, dejaba la puerta franca para la discusion, aun de las que como yo se creyesen con menos títulos para entrar en ella. Porque, sin embargo que mi condicion de mujer debia darme un derecho preferente para tomar parte en una discusion cuyo punto en litijio es la mujer, tratándose de usar de un derecho, no es bastante que este sea el mas lejítimo, es necesario ante todo contar con las aptitudes requeridas para ejercerlo. Por eso es que yo, atendiendo solo a mis aptitudes, concluia por colocarme entre las menos tituladas para hacer oír su voz en la presente contienda.

Pero las mujeres, tales como somos en la actualidad, acostumbramos ceder mejor a los impulsos del entusiasmo antes que escuchar las insinuaciones graves de la cordura.

Nos agrada, nos atrae un objeto, vamos tras él sin calcular ni el trabajo que puede costarnos alcanzarlo, ni si tenemos las fuerzas suficientes para llenar este trabajo. A veces el triunfo

puede coronar nuestra audacia; pero tambien como toda medalla tiene su reverso, el reverso de ésta suele costarnos demasiado caro.

Afortunadamente para mí, al empeñar la presente discusion con Ud., señor Rodriguez, no correré sino el peligro de pasar por una mujer ignorante o sin intelijencia.

I desde que Ud. i con Ud. la mayoría que representa, han declarado su preferencia por la mujer ignorante, con tal que sepa ser amante i agradable, yo me encuentro mui dispuesta a arrostrar este peligro. Confieso que no me hace temblar.

Por lo que acabo de confesar verá Ud., señor Rodriguez, que a pesar de manejar una pluma, lo que podia hacer sospechar que habia en mí algo de *científico*, solo hai una buena mujer que escribe así como podria ir al paseo, al baile, al teatro, etc., por pura fantasía. No hai, pues, que arrugar el entrecejo, no tendrá que habérselas con una *Marisabidilla*, sino simplemente con una mujer que siente mas que piensa, i que como ya he dicho, se deja arrastrar por las inspiraciones, que cede a los impulsos de su alma antes de que su cabeza los sancione. En fin, tal como nos encuentra encantadoras la mayoría a que ya me he referido: un poco aturdiditas, un poco atolondradas, caminando como un ciego por senderos que no conoce ni siquiera por noticias.

Parece que siendo así, lo mas lógico seria no admirarse si damos un tropezon o al ménos ser indulgente con la pobre ciega. Pero ¡esta sociedad, esta sociedad que así nos quiere, que así nos encuentra cumplidas, deja caer todo el peso de su anatema sobre la que no marcha derecho cuando se le han vendido los ojos! Mas, observo que me aparto de mi idea. No es extraño: sin mas norma, sin mas guia que el sentimiento, sin otro sosten que la inspiracion, es fácil estraviarse. Ved como yo me desviaba ya de mi camino arrastrada por esa profunda amargura que hai en el fondo de mi alma hácia la injusticia de esta sociedad que exige de la mujer la perfeccion despues de haberle negado lo que conduce a ella; la educacion.

Ud. me dispensará, señor Rodriguez, mis digresiones: voi a lo que queria decir.

Si yo al dirigir a Ud. esta carta hubiera consultado mi razon, de seguro que no se la escribiría. Despues de la

brillante i concienzuda contestacion del señor Hostos, es en verdad atrevimiento intentar decir algo sobre la materia. Pero, vuelvo a repetir, no escucho sino la voz de mi entusiasmo, de mi alma, de mi corazon, de mi conciencia en fin, que me grita con ese acento elocuente i persuasivo de las profundas convicciones. La mujer, sabiendo mas, sentiria tambien mas i mejor. Este acento me obliga, pues a tomar la pluma para contestar a Ud. que ha dicho: "no enseñeis mucho a la mujer, porque matareis en ella el sentimiento."

Debo confesar que cuando leí sus "Lijeras Observaciones," mi primer impulso fué aceptar todo lo que Ud. afirmaba, como verdades incuestionables. Están escritas en un estilo que encanta; se respira, leyéndolas, ese perfume embriagador con que solo los poetas como Ud. saben llenar sus escritos. He tenido, pues, que sacudir el encanto, sustraerme al poder de este estilo por un gran esfuerzo de voluntad, i llamar en mi auxilio la reflexion que con su tranquilidad vino a devolverme el uso de mi razon, que se habia deslumbrado con el brillo de su poesia i asustado con los temores que a Ud. le asaltan, al pensar que el corazon, con todo su poder de sentimiento, con todos sus mágicos encantos, podia naufragar en el océano que se llama ciencia i a donde el señor Hostos quiere lanzar a la mujer. Libre pues ya de la fascinacion que su lenguaje ejerce, señor Rodriguez, he vuelto a leer sus lijeras observaciones, i despojando sus argumentos del brillante i galano ropaje que los envuelve, me ha parecido que si son siempre bellos por la sensibilidad que les sirve de base, no son por lo jeneral ni verdaderos ni exactos.

No tema Ud. que entre a tratar la cuestion filosóficamente, no podria hacerlo i seria tambien inútil desde que en este terreno el señor Hostos ha dicho a mi juicio todo lo que se podia decir.

Es siempre la mujer la que sigue hablando, sin otro maestro que sus propias inspiraciones; tendrá Ud. pues que escucharme, señor Rodriguez, desde que me presento a la lid sin mas armas que las que Ud. nos permite llevar.

Las ideas se agolpan a mi mente en tal confusion que no sé como principiar. Voi a manifestarlas aquí con el mismo desorden con que se presentan, desorden que Ud. disculpará, señor

Rodriguez, por lo que ya le he confesado: escribo por un arranque, por un impulso de mi alma, i nada mas.

Ud. asegura "que la mujer sabiendo mas, sentiria ménos. Que la cabeza mataria al corazon."

No es el saber el que mata al sentimiento, es la ignorancia que si no lo mata, porque el sentimiento no puede morir, lo pervierte, i de lo que debia ser la fuente de todo lo bello i lo bueno hace el origen de errores i males funestos.

¿Por qué quiere Ud., señor Rodriguez, que el sentimiento se oculte como un malhechor? ¿Por qué, siendo como es uno de los atributos mas preciosos del ser humano, lo quiere Ud. hacer vivir en la oscuridad i teme para él la luz de la verdad que da la ciencia?

¿Qué ciencia habrá en el mundo que impida que la madre ame a su hijo i que el hijo ame i respete a su madre? ¿Qué aforismo científico impedirá jamas a la mujer amar al hombre que su corazon haya elegido? Son temores vanos, porque vano es todo lo que se opone a la naturaleza.

El amor es una lei de la humanidad, de la que con gran verdad ha dicho un eminente filósofo: "Hombre, cualquiera que tú seas, hé aquí tu señor."

Yo pienso de un modo tan distinto al suyo que, precisamente por el camino que Ud. cree perder este adorable sentimiento, yo creo encontrarlo tal como debe ser: una emanacion del alma, un destello de la divinidad que nos acerque a ella i no un impulso ciego nacido solo del instinto. I ¿cómo alcanzar a tanta altura? Enseñando a la mujer la ciencia del bien i del mal en todas sus fases, el conocimiento de lo falso i lo verdadero. Entonces ella principiaria por estudiar al hombre i reconociéndolo digno de su corazon, acabaria por hacerlo dueño de su destino. El amor vendria a ser una consecuencia lójica; lo que le daria la duracion i la intensidad que no puede tener cuando solo es un impulso ciego. La inconstancia reputada hasta ahora como un defecto inherente a la mujer no tendria ya seguramente razon de existir. Veríamos entónces si esta es en verdad como se supone una propension de nuestra naturaleza, o solo un vicio derivado de la falta de educacion i las costumbres a que hemos estado sujetas por espacio de tantos siglos como cuenta el mundo de existencia.

Porque, es necesario no perder de vista que la mujer es un misterio todavía por descifrar. Hemos vivido hasta ahora mas con una vida ficticia, que la sociedad nos arregla de antemano, que con la vida real i positiva. Hai en nosotras facultades que permanecen aun dormidas. Será pues siempre aventurado todo lo que se diga de la mujer, como no puede menos de ser lo que se piensa de lo desconocido.

Hasta hace poco tiempo se creía que nuestras facultades intelectuales eran inferiores a las del hombre. Hubo un filósofo del siglo pasado que decia con tono dogmático: las mujeres se quedan muí atras cuando principian a pensar. I era un gran filósofo. Antes, segun cuenta la tradicion, se llegó hasta negarnos el alma en una reunion de pretendidos sabios; creo que solo triunfamos por un voto, i talvez fué un voto apasionado.

Por fin el tiempo, ese gran regulador ayudado por el progreso, esa antorcha que ilumina su marcha, ha ido poco a poco con su accion lenta pero incesante, dándonos lo que la injusticia i los errores de los hombres pretendian quitarnos: nuestra perfecta igualdad con ellos como seres racionales. Pensarían los hombres que pretendíamos mucho? yo creo que es lo menos a que podemos aspirar.

Ud. reconoce esa accion del tiempo i el progreso, señor Rodríguez, cuando dice: "El mundo marcha: nada hai que pueda contener, por un instante la rueda incansable de su progreso. A medida que la civilizacion ha ido abriéndose campo, ha ido dando a la mujer mejores condiciones de vida." I acaba Ud. por decir que dejemos a estos mismos agentes encomendada la conclusion de la obra. Pero en este siglo en que todo marcha con una rapidez vertiginosa, lo que Ud. pretende es un imposible. No hai ahora accion que no se ponga en ejercicio, no hai idea por mas exajerada i estraña que perezca, que no encuentre sostenedores, llegando muchas veces a ser una realidad. La agitacion está en todas partes.

Aquella época en que todo se esperaba de poderes sobrenaturales i en que cada uno, considerándose impotente para labrar su destino, dejaba consumir sus fuerzas por la inercia i el abandono, se va perdiendo en los nuevos horizontes abiertos por la actividad de la industria i el trabajo.

Las individualidades se acentúan cada vez mas, i esto hace que

se realice hoy en un día lo que antes era el resultado de muchos años de paciencia i meditacion. En esto consiste precisamente la gran fuerza de las sociedades modernas. Todo está ahora en ebullicion i movimiento, todos los sistemas, todas las teorías se echan en el gran crisol de la razon humana para arrancar a cada una su última palabra.

I ¿cuando la humanidad se empuja i se atropella como las olas de un mar agitado, solo la mujer habia de ser estraña a este inmenso movimiento, dejándose arrastrar por las oleadas como una fuerza inerte? No, mil veces nó!

Ella necesita tambien su personalidad i la reclama, i concediéndosela, como parece que Ud. se la concede, señor Rodriguez, no hai que tratar de que se detenga aquí o allá. Entra como un triunfador en un pais conquistado: es necesario abrirle todas las puertas. I ¡cuidado que es un triunfador del que puede decirse con el poeta frances que toma posesion de sus dominios por "derecho de sangre i de conquista."

I Ud. quiere negarle hasta cierto punto la entrada al templo de la ciencia. Apenas le permite pisar sus umbrales. Ud. teme que una vez entrada en él, los misterios que este templo encierra, i que segun Ud. se hacen mas oscuros mientras mas se profundizan, absorbiesen por completo a la mujer, cuyo espíritu siempre ávido i curioso por lo desconocido, encontraria en estos misterios un alimento inagotable. I esclama Ud. con dolor: tendremos toda la sabiduría, pero ai! habremos perdido el corazon.

Su exclamacion seria justa si fuese verdadera la consecuencia. Habria una diferencia tan enorme entre la pérdida i la ganancia que nadie, i menos las mujeres querriamos arriesgarnos en esta especulacion.

Pero yo pienso que, aun concediendo a la ciencia ese poder absorbente que Ud. le da, jamas esta absorcion podria llegar hasta sofocar en la mujer la voz del sentimiento, que está en la naturaleza.

Ud. mismo lo afirma cuando dice: "¿qué argumento científico convencerá jamas a la mujer que no debe amar?"

Estamos en perfecto acuerdo.

No comprendo entónces mucho su temor, de que bastaria que la mujer fuese enseñada por la ciencia para que ya no pen-

nase ni quisiera otra cosa que profundizarla; para que, entregada por completo a su estudio, cerrase su alma a los afectos mas caros e imperiosos de la naturaleza.

Tal es la mujer que nos presenta en ese cuadro que Ud. traza del hogar en que esta mujer habitase. Cuadro que, pintado con los vivos colores en que los poetas saben mojar sus pinceles cuando quieren conmover, es verdaderamente aterrador. Cómo! una mujer que rechazase las caricias de su hijo; que desdénara con fastidio las del esposo; que viéndolo triste i abatido no intentara consolarlo; i que todavia permaneciera indiferente al cariño de su padre. I todo por qué? por la ciencia. Ah! una mujer así seria un monstruo; pero no hai que culpar a la ciencia de haber creado este fenómeno. Quizas habria que darle gracias; porque sin ella quién sabe qué otro camino hubieran tomado las facultades de esta mujer dispuestas de una manera tan estraña.

Para mí la mujer educada por la ciencia, seria mas sensible: porque, la mayor estension que el conocimiento de todo lo que la rodea, tanto en el mundo físico como moral, daria a su inteligencia, se comunicaria tambien a su alma. Todas sus facultades participarian de este crecimiento progresivo: i así como su imaginacion intentaria abarcar con su mirada el infinito en la creacion, así su corazon querria llegar tambien a lo infinito en el sentimiento.

La cabeza no puede matar el corazon como Ud. afirma: porque para que tal cosa sucediera era preciso que el sentimiento fuese un vicio que la razon tenia que condenar; pero siendo como es un movimiento íntimo del alma, que sabiendo dirigirlo es la fuente de todo lo grande i bello que puede realizar la humanidad, solo necesita el motor que imprima esta direccion. ¿I quién podria hacerlo con mas acierto que la razon elevada por la ciencia, es decir, por la verdad?

Ud. dice despues: qué es la ciencia al lado de la virtud? Una limosna dada a un mendigo vale mas que todas las teorías de todos los sabios del mundo.

Tiene Ud. muchísima razon: al lado de un hombre que se muere de hambre, qué importaria que sea el sol el que se mueve al rededor de la tierra como se creia ántes, o que sea la tierra la que jira al rededor del sol como lo asegura hoi la ciencia?

El sol no alumbrará por eso mas, i la tierra no dejará de traernos el cambio de las estaciones, que nos advierte que el tiempo pasa i pasa sin cesar.

Pero la ciencia quitaria acaso algo a la virtud?

Yo creo que, estaria tan léjese de arrebatarse a esta bella hija del cielo uno solo de sus preciosos dones, que al contrario, le traería la consistencia, la seguridad en sus inspiraciones. Porque la mujer educada por la verdad que da la ciencia, verdad que no está sujeta a diferentes apreciaciones, tendría una norma fija para conducirse en la vida, i, a ménos que los malos instintos no estuviesen desarrollados en ella de una manera mui escepcional, amaría i sabría encontrar siempre a la virtud, que es una emanación de la verdad.

Me atrevo a afirmar que, por este medio llegaríamos a ver realizado un ideal encantador: que la escepcion tocara a la mujer que no fuera virtuosa. ¿Quién sería aquella que, conociendo i sabiendo apreciar los inestimables dones de la virtud, no quisiese tenerlos?

Me parece haber destruido ya segun mi opinion los temores de Ud., de que la ciencia secase en el alma de la mujer la fuente del sentimiento.

Examinemos ahora la cuestion bajo otra faz.

¿Para sostener la ola del positivismo que sube i sube sin descanso, lo que con justicia le arranca a Ud. un otro ¡ai! de dolor, no encontraríamos en la mujer educada por la ciencia la espada de David, destinada a cortar la cabeza de este moderno Goliath? Porque, por mas bello que sea ese rasgo de Ud. oponiendo como un dique a este torrente, el hogar velado por la mujer, por el corazon de la madre, es sin embargo una triste verdad; pero, es una verdad que la mujer de hoy se ha dejado contagiarse demasiado por este mal.

La sed del oro que le traerá el brillo i la satisfaccion de ser la mas lujosa entre sus compañeras, ahoga en infinitas mujeres los ecos de los sentimientos mas nobles i sagrados. No me parece a mí tan poderoso como a Ud. este escollo.

Debía serlo sin duda alguna, i lo sería si la sociedad con sus exigencias no pervirtiese los buenos instintos de la mujer. La vanidad, este abismo que a tantas mujeres ha precipitado a su fondo, hace cada dia nuevas víctimas.

Las madres en cuyo corazon quiere Ud. encontrar un refugio para el jenio de la poesia que el ruido atronador del materialismo ahuyenta del mundo: quién sabe cuántas veces este dulce jenio retrocederia espantado de este refugio donde venia a acogerse como a un santuario. Porque este soplo helado del positivismo ha penetrado tambien ahí.

¡Si no, observe Ud. lo que pasa a su rededor, tiene Ud. esa madre cuyo único anhelo debia ser la felicidad de su hija; que debia estudiar constantemente el carácter i las inclinaciones de esa delicada criatura que la naturaleza ha confiado a su cuidado, para conducirla llegado el caso a la felicidad, por el camino que pareciese mas conforme a sus tendencias. ¿Cuál será la preocupacion casi invariable de esta madre? encontrar para su hija un novio rico en bienes de fortuna. En esto i solo en esto cifra ella la felicidad. ¿Ni siquiera se le ocurre preguntarse qué cualidades morales tendrá este novio? ¿convendrá su carácter con el de su hija? ¿habrá en este enlace la armonía que debe reinar en todo matrimonio para que sea feliz? Es rico, i ni querrá ni necesitará saber mas. Como es mui natural, la prometida imbuida en las mismas ideas de la madre, piensa tambien que tener un novio cargado de escudos es el colmo de la dicha. Arrastrada por la mágica perspectiva de ser la mas lujosa en su atavío, de rodar magníficos carruajes, de ostentar soberbios brillantes, marchará gustosa a entregar su juventud i su porvenir a un desconocido. Porque será un desconocido desde que nada mas sabe de él, si no que realizará sus calculadas aspiraciones.

Hai en este cuadro que acabamos de trazar i que desgraciadamente es la copia fiel de lo que vemos sucederse día a día, en nuestra sociedad, algo tan monstruoso como la venta de las bellas esclavas en el oriente; al mejor postor.

Aquí podria esclamarse con Ud. ¿i entre tanto qué es del alma?

A dónde conducirá el torrente del materialismo a esta mujer que acaba de jurar, al pié de los altares, amor eterno a un hombre que no conoce? Si esa necesidad de comunicacion íntima entre las almas se despierta por fin en ella, i no encuentra en ese hombre la voz que responderá a la suya; si ese hombre como es lo mas frecuente, no solo tiene el metal en sus co-

fressino tambien en su corazon, sucederá: o bien que la embriaguez del lujo i las comodidades positivas de la vida sofoquen en ella ese destello del sentimiento, o lo que será mucho mas grave, el grito de la naturaleza, arrebatará al hogar lo que debia darle calor, luz i consuelo; lo que debia ser el refugio del dulce jenio, como Ud. dice: el corazon de la mujer.

Es necesario pues, señor Rodriguez, absolutamente necesario elevar a la mujer mui por encima de las miserias que forman el encanto de la sociedad de hoy. Es necesario enseñarle a estimar al hombre no por sus bienes de fortuna, sino por el valor de sus cualidades morales. Enseñarle a desdeñar todo brillo que no sea el reflejo de una conciencia pura e inquebrantable.

Así, el hombre que ahora solo piensa en hacerse rico, a toda costa, sin fijarse mucho en los medios de conseguirlo, sabiendo que esto hará su mejor título para obtener la mujer que pretenda, trabajará por hacerse *hombre honrado*, laborioso e ilustrado.

Entonces sí, que podia ser un dique para la oleada del positivismo, el hogar velado por la mujer. I Ud. encontraria ahí un albergue seguro, para esa tierna poesía que siempre se inspira en la virtud.

Para alcanzar tan importante i elevado fin, es preciso que la educacion de la mujer sea una educacion sólida, i siendo sólida, tiene que estar basada en verdades demostradas por la ciencia. De aquí, la necesidad i la conveniencia de que esta educacion sea científica.

Ud. teme, señor Rodriguez, ver salir de este crisol la Mineralojista, la Astrónoma, la Botánica, la Médica i se asusta de estas creaciones.

Examinemos un poco, si Ud. quiere, hasta donde es justo su espanto.

Yo creo que, partiendo la mujer del conocimiento que le dan las nociones jenerales de la ciencia, no se dedicaria a estudiar i practicar sino lo que fuere mas conforme con su condicion de mujer i con la posicion que ocupase en la sociedad. Así, no tendríamos Mineralojistas ni Astrónomas, pero, tendríamos Botánicas. Porque nó? no seria una buena jardinera una mujer?

Ademas tendríamos médicas, como en Estados Unidos, que curan las enfermedades de las mujeres i de los niños i que esto traeria como se ha probado en aquel pais una gran ventaja. Las mujeres preferirian siempre hacer las íntimas confesiones de sus males ante otra mujer que no a un médico que, no por ser médico deja de imponer penosos sacrificios a la mujer que es por naturaleza honesta i recatada.

En cuanto a los niños, cuyas enfermedades jeneralmente requieren mas cuidado i atencion que ciencia, ganarian tambien infinitamente en ser atendidos por una mujer cuya alma sensible i delicada se entregaria con ternura a la curacion de estos pequeños seres que tanto tocan el corazon femenino.

Dejemos, pues, señor Rodriguez, que la mujer desplegue sus facultades sin sujecion alguna; bastante oprimida ha sido ya, no la hagamos vivir "proscrita violentamente en la rejion del sentimiento."

Es peligroso reunir en un solo punto i dirigir a un solo objeto, todas las facultades de un ser. Esto ha hecho que la mujer haya sido siempre, como dice el señor Hostos "el juguete de las sectas o la viciima de los afectos mal guiados."

Es tiempo, pues ya, de ensanchar la órbita de accion de la mujer. No tema Ud. que ella pierda uno solo de sus poderosos atractivos. Teniendo una personalidad, será como dice, el mismo escritor citado arriba "la novilísima criatura que el hombre amará i respetará."

Aun hai otro temor, que abrigan jeneralmente los que niegan a la mujer la conveniencia de darle una educacion científica. Aunque Ud. no lo manifiesta, me parece que debo tratar de desvanecerlo aquí, por esa mayoría de que Ud. forma parte i entre la que habrán infinitos que esperimenten este temor.

Creen que la fe que como un faro luminoso, guia a la humanidad, se debilitaria con el conocimiento de las verdades demostradas por la ciencia.

Yo estoi mui léjos de abrigar ese temor; pienso de una manera mui distinta: la fe se robustecerá, porque aun penetrando todos los secretos de la ciencia, ese mas allá, el infinito, aparecerá siempre ante la intelijencia como un misterio incomprendible, haciendo palpable, por eso mismo, la existencia de la divinidad. La razon humana, reconociéndose impotente para

penetrar en los grandiosos arcanos de esta divinidad, tiene que humillarse ante ese poder, que se siente en todas partes, lo mismo en el mas vil de los insectos que en el rei de la creacion: el hombre.

El espíritu convencido elevará a Dios la mas grata de las oraciones, porque será la oracion del alma i no la recitacion automática de los labios.

Esta carta se va haciendo demasiado larga, señor Rodriguez. Habria deseado que fuese mas corta, pero la corriente de los argumentos me ha traído hasta aquí.

Quizas faltan algunos detalles en la esposicion de mis ideas, no es extraño pues ademas de no tener bastantes conocimientos prácticos para descender a ellos, no me ha parecido éste un lugar oportuno para hacerlo.

Mi único fin al escribir esta carta ha sido manifestar que, segun mi opinion, el saber no mata al sentimiento.

Antes de concluir, quiero asegurar a Ud. que participo de su manera de pensar en cuanto a que la educacion de la mujer debe principiar por la clase menesterosa. No porque crea como Ud. que el salon está iluminado, nó; para mí se halla casi tan oscuro como la bohardilla, sino porque siendo tan precaria i miserable la condicion de la mujer del pueblo, es mas urgente llevar ahí la accion rejeneradora i benéfica de la ilustracion. Llevando la luz a esos centros de oscuridad, se arrancaria de la ignorancia i la miseria i muchas veces del crimen a esa gran porcion de la humanidad.

Estaré, pues, siempre dispuesta a contribuir con mis débiles fuerzas a la gran obra de la redencion de la mujer del pueblo por el trabajo que da el pan de la vida i por la educion que da el alimento del alma.

Ojalá, mi voz fuese escuchada por la mujer! Ojalá pudiera yo trasmitir a todas las profundas convicciones que hai en mi alma: de que la virtud, fuente única de la dicha imperecedera, la encontrarán en la educacion, base del progreso i bienestar de las sociedades modernas.

Yo deseo, señor Rodriguez, no sea esta la última vez que tengamos que atravesar, como ahora, el mismo camino, guiados por idénticos propósitos. Mientras tanto lo saluda

Setiembre 12 de 1873. LUCRECIA UNDURRAGA DE S.